

—¿Quieres que te dé un consejo?

—Dámelo.

—¿Es tu hombre quien ha dado el golpe?

—Sí.

—Es un valiente. ¡Qué infame será quien se lo vitupere! Odia á los alemanes, ¿no es verdad?

—Sí.

—Dile que les deje entrar mañana.

—¿Lo quereis así?

—Eres mujer de talento y reservada. Puedo, pues, decirte, que son el señor de Souvray y Román Tremor quienes lo desean.

—¿Están ahí?—exclamó la *Bigornia* dando un brinco.

—Desde anteayer. Silencio.

Hízole seña de que callara, y se internó entre los grupos.

A las once, todos los del pueblo entraban en sus respectivas casas más tranquilos.

El viejo Tremor y el cantero habían conseguido, sin demasiado trabajo, ¡ay!, la promesa de que permanecerían quietos.

Los guardas sabían que debían contar con algún misterioso socorro que excusara su inacción.

A media noche, todo el mundo dormía.

Solange, verdaderamente emocionada, contaba los minutos que le quedaban de vida y que volaban rápida y silenciosamente, como si tuvieran alas.

XX

Era intenso el frío que se sintió al día siguiente.

Un viaje con semejante temperatura, por más comodidades que se disfruten, no puede ser agradable.

El señor Ansbert-Pablo-Luis Delaroque, notario de Chateau-Chinon, se levantó muy temprano, casi con el sol, y se frotaba las manos de alegría: se prometía un día provechoso para él.

Asomóse á la ventana de su cuarto y llamó á su especie de criado, que lo era un rústico.

—¿Se sabe algo de nuevo?—preguntó.

—Muy confusamente, señor.

—¿Y nuestras tropas? ¿Y las otras?

—Se dirigen á Luzy. Lorenzo de Montaron ha visto á los alemanes en el camino; por los alrededores de Préporché, una columna bastante numerosa. Creyó que se moriría de miedo. Cuéntase también que ha habido tiros en el bosque de Chevagnes, y en Champignoles, y que han muerto veinte, lo menos.

El señor Ansbert Delaroche dió un bote y dijo:

—¡Diablo! ¡En el bosque de Chevagnes! ¡Y en Champignoles! Eso sí que me contraría.

Era precisamente por aquel lado por donde él tenía que ir, y estaban sus asuntos...

El criado le tranquilizó.

—No será lo que dicen, probablemente, puesto que no se sabe de fijo de dónde venían los tiros—dijo.—¡Si uno fuera á creer todo lo que oye!

El notario no se distinguía por su valor; pero es de sospechar que, dada la provechosa misión que le estaba encomendada, hubiera pasado por los sitios de más peligro, sin arredrarse.

Y pensó además que á él, inofensivo notario, no le harían daño alguno.

El día 4 de diciembre había de ser memorable para él, para su carrera, se entiende.

Iba á poner á la firma del más importante de sus clientes un documento que había de reportarle buenos honorarios.

—Démonos prisa, amigo mío—dijo al sirviente.

El marqués de Taunay había dado las consiguientes instrucciones para que el notario no omitiera nada en el contrato, ni aun la pensión que concedía á los padres de su futura, ni los bienes de la viuda, en caso de muerte, ni, sobre todo, el reconocimiento del hijo de Solange.

El documento podía pasar por un modelo en su género.

Delaroque era víctima de la forma.

Nadie le igualaba en esto.

Tanto, que semejante culto, llevado á exageración, iba á tener funestas consecuencias.

Los grandes efectos suelen provenir de pequeñas causas.

Declaró que estaba satisfecho de su obra. Estaba en regla, y no sin razón se vanagloriaba de ello.

Ahora no se trataba más que de ir á Chevagnes y llegar con puntualidad digna de su profesión.

El marqués había dicho que á las once.

Eran las ocho.

Delaroque terminó su *toilette*, anudó la corbata blanca sobre la resplandeciente camisa, se puso el frac, los guantes, abrigóse con un gabán forrado de pieles, y debajo del brazo colocó los papeles que debían valerle una fortuna.

Por toda arma llevaba la consabida pluma de ave.

La puntiaguda nariz, las anchas orejas, los verdosos ojos, la elevada y ya calva frente, á pesar de ser joven aún, las redondas y coloradotas mejillas, todo su ser, en fin, respiraba el mayor contento.

No pensaba más que en los honorarios.

Subió al carricoche y tomó el camino de Chateau-Chinon.

Digamos sin pérdida de tiempo que no encontró á nadie, y que el viaje terminó sin accidente alguno.

A las diez menos cuarto atravesaba la plaza de Chevagnes.

Todo estaba tranquilo.

Algunos lugareños, un labrador y Vicente el zapatero, discurrían por allí; y cuando vieron al notario le rodearon pidiéndole noticias.

Pero éste no sabía nada de nuevo.

Nadie estaba al corriente. Reinaba completa incertidumbre respecto de los movimientos de los ejércitos en campaña. Ignoraban su marcha, las fuerzas con que contaban, sus planes é intenciones; todo, en fin.

A las once menos cinco, Delaroque entraba en el castillo: No puede darse mayor exactitud.

Brodin, el palafrenero, le recibió.

Las cuadras estaban vacías.

El palafrenero saludó al notario en silencio.

Parecía que aquella mansión señorial estaba de duelo.

Las persianas se hallaban cerradas. Nadie paseaba en el parque donde hasta los macizos parecían tristes.

—¿El señor marqués ha llegado?—preguntó Delaroque.

Brodin inclinó la cabeza para decir que sí.

—¿Me espera?

Brodin se inclinó de nuevo.

—¿En el salón?

La misma respuesta.

—¿Está solo?

Brodin se inclinó por cuarta vez.

Un jardinero arreglaba los alrededores de la capilla, cuyas puertas estaban abiertas.

—¿Es aquí donde se vá á celebrar el casamiento?—preguntó el notario.

—Aquí es—contestó al fin Brodin.—¿Qué tristeza!

—Muy triste, no lo niego—pensó Delaroque;

que;—pero será el acto más hermoso de mi vida.

Eso era lo importante para él.

Dieron las once.

A la última campanada, el señor Alberto Pablo Luis Delaroque, con su protocolo debajo del brazo, subió por la escalinata.

Abrióse la puerta.

Uno de los guardas, vestido de gala, como convenía á las circunstancias, saludó al notario en silencio, lo mismo que Brodin, atravesó, precediéndole, el vestíbulo, abrió una puerta y anunció:

—El señor Delaroque.

El gran salón de Chevagnes ofrecía ese día un aspecto singular.

Cuatro servidores del dominio, llamados para servir de testigos á su amo, hallábanse sentados en el borde de unos sillones, cuyas fundas ni siquiera cuidaron de quitar.

Y así estaban la mayor parte de los muebles.

Una gasa cubría las enormes arañas.

Fargeas, con su traje de guarda, estaba triste y descontento junto á Catalina, que vestía sencillamente el traje que usaba los domingos para ir á misa.

El marqués se levantó al ver al notario, murmurando entre dientes:

—¡Al fin!

Y presentándole á su futura, dijo:

—La señorita de Fargeas.

El notario que no habia visto á Solange

desde que era niña, quedó estático contemplando su hermosura.

La novia estaba vestida de negro.

Llevaba falda de seda mate, cubierta de encajes. El abrigo, muy largo, era una *pelisse* de nutria, que materialmente la envolvía. En la cabeza la mantilla, cuyos extremos anudó en la garganta.

Entró, como el notario, á la hora precisa.

Con gracioso movimiento se quitó la mantilla, puso el abrigo sobre un sillón y se colocó, de pié, frente á la chimenea.

El señor Delaroque sentóse cerca de una mesa guarnecida de terciopelo azul, sobre la cual, como pasa siempre en los teatros, había recado de escribir. Desdobló los papeles, puso la pluma de ave á la derecha, y en tono solemne, paseando una satisfecha mirada á su alrededor, preguntó:

—¿Estamos todos? ¿Falta alguien, señor marqués?

Como Brodín y el guarda, Taunay se inclinó, pero más secamente aun y para decir que no.

Delaroque alcanzó el contrato con la mano izquierda, tosió dos ó tres veces, y en alta y clara voz leyó:

«Ante mí, Ansbert-Pablo-Luis Delaroque, notario de Chateau-Chinon, han comparecido».

Apenas había comenzado el párrafo, cuando el marqués, dando señales de febril agitación—le interrumpió diciendo:

—Perdonad, señor Delaroque; pero qui-

siera saber si esa lectura es indispensable.

—Ya lo creo, señor marqués...

—En tiempos normales, será posible; pero hoy debiéramos firmar sin dilación ese..

Iba á decir fárrago; pero felizmente se detuvo á tiempo.

Mas si no dijo la palabra, Delaroque la adivinó.

¡Fárrago! Este injurioso nombre causóle gran extrañeza, y no lo disimuló.

—Es que...—objetó, pellizcándose los labios.

—Comprendo. La forma. Pero las circunstancias son apremiantes.

—La ley...

—Los minutos son preciosos.

—Es importante, esencial, indispensable y obligatorio, que las partes y los testigos se hallen al corriente del acto á que concurren.

La agitación del marqués trocóse en irritación.

Sacó el reloj, y dijo:

—Las once y media. ¡No saldremos de aquí nunca!

—Ruego al señor marqués que piense en que él ha sido quien ha fijado la hora, y en que yo soy muy puntual.

—Teneis respuesta para todo. ¡Me he equivocado!...

Solange dirigió una mirada suplicante al señor de Taunay, que se había levantado.

—Resignémonos—dijo él.—Continuad.

Delaroque no esperaba otra cosa.

Y reanudó su lectura.

Oliverio volvió á sentarse, y muy nervioso, devoraba á Solange con la mirada.

La hija del guarda estaba encantadora.

La profunda emoción que sentía, aumentaba, si es posible, su belleza.

Delaroque no omitió ni una sílaba, ni se precipitó lo más mínimo.

Pasaremos por alto las interminables cláusulas que tuvieron el privilegio de atacar los irritables nervios del futuro esposo.

Una de ellas decía:

«En consideración al matrimonio que va á efectuarse, el señor marqués Oliverio de Tannay, reconoce por hijo suyo al niño nacido en Cormeilles, el 16 de febrero de 1868, é inscrito en el registro civil de dicho pueblo con el nombre y apellido de Oliverio Fargeas. En consecuencia, dicho niño gozará de los derechos, ventajas y prerrogativas de un hijo legítimo, y llevará el nombre, apellido y títulos de su padre.»

Una sonrisa de orgullo se dibujó en los labios de Solange.

Este era su afán, su objeto. Ya lo había logrado.

Al mismo tiempo su corazón se ablandó.

Por primera vez dirigió al marqués una mirada más dulce; comprendió la violencia del amor que inspiraba al hombre que para obtenerla la elevaba hasta él.

Esto la conmovió.

Lágrimas de reconocimiento asomaron á sus ojos.

Oliverio pudo creer en aquel instante que

al fin se rendía Solange, y que su rebelde corazón le pertenecía ya por entero.

Y todo lo olvidó; no oyó la voz monótona del notario; abismóse en la contemplación de la adorable criatura que iba á ser suya.

El tiempo pasó sin que él lo advirtiera.

Los cuatro testigos no perdían una sola palabra de las que leía el notario.

Las cantidades que éste enumeraba, les parecían fantásticas.

«En el caso de que fallezca el marido, la viuda disfrutará de una renta de doscientos mil francos.»

«El señor marqués de Tannay, concede al señor y señora Fargeas, padres de la futura esposa, una renta anual y vitalicia de veinte mil francos, pagados trimestralmente, donde les plazca habitar.»

Fargeas dejó escapar un sordo gruñido.

Quiso protestar, pero Catalina le cogió del brazo y pudo contenerlo.

Una mirada de Solange acabó de convenecerle.

Delaroque llegó al fin, después de muchos rodeos, á la conclusión.

Y después de que hubieron firmado los testigos, el notario, triunfante, presentó con galantería la pluma á la novia.

Solange, temblorosa, puso su firma donde el notario la indicó.

Y luego, ella misma pasó la pluma al marqués, que la tomó no sin estrechar la linda mano de su futura.

Firmó rápidamente, y dejó al notario con los Pargeas y los testigos.

Llevó á Solange junto á una de las ventanas y díjole con voz conmovida:

—Dentro de una hora, Solange, sereis mía. ¿Lo deplorais?

—Sois harbo generoso para que yo lo olvide— contestó.

En verdad que ni ella misma sabía lo que pensaba ni lo que quería.

La realización de sus sueños la tenía aturdida.

Había caído en una especie de delirio por el sacrificio que aquel hombre, tan altanero é irascible, se imponía en obsequio de ella, desafiando los prejuicios y sarcasmos del mundo.

Si hubiera él podido llevársela en aquel instante, quizá hubiese logrado vencer sus resentimientos y sus recuerdos, puesto que el odio acababa de extinguirse ante aquella acción, como se derrite la cera al calor del fuego.

Pero el notario, con su lentitud, habia hecho perder un tiempo precioso á su cliente.

¡Cuántas batallas se han visto comprometidas por un retraso menos considerable!

Un carruaje esperaba frente á la escalinata.

—Vamos, señores—ordenó el marqués subiéndole al carruaje,—démonos prisa.

Daban las dos cuando llegaron á la alcaldía de Chevagnes.

El viejo Tremor aguardaba al marqués de Taunay.

En la plaza, las gentes del pueblo miraban con curiosidad el cortejo.

Nada indicaba que las amenazas del general Von Gœben debieran realizarse.

Cuando el marqués bajó del carruaje, á la puerta del edificio, dos cabezas asomaron por una de las ventanas del Priorato y contemplaron todo aquello con gran curiosidad.

Eran dos mujeres.

La una, fresca y vivaracha, era la novia de Brichet, Rosa, la antigua criada de la muerta, su amiga, más bien; la otra, seca como un pergamino, arrugada como una manzana que ha pasado todo el invierno en la despensa, no era otra que la sirvienta de los Tremor.

No se veía ni á maese Chadouin ni á los cuatro canteros, ni á Juan ni á Román Tremor, ni á los boyeros, ni al pastor, ni á nadie del Priorato.

Verdad es que tampoco habia ganado.

El cortijo estaba vacío, ó poco menos.

El dueño solo permanecía allí, esperando á pié firme y con la conciencia tranquila, al enemigo.

Lo habia exigido. No hubo razón, por poderosa que fuese, que le determinara á huir.

Y contestó á sus hijos.

—Id tranquilos. ¿Qué podrán hacer esas gentes con un pobre viejo?

En medio del pequeño grupo que permanecía en la plaza, esperando ver al marqués y su séquito, así como también la llegada del enemigo, se veían dos extrañas fisonomías

que hubieran hecho las delicias de un Callot.

Eran unos verdaderos pastores, de esos que encontramos en los caminos, detrás de un rebaño de carneros, *harapientos*, como el que los lleva, seguido de un miserable perro que no tiene más que los huesos y la piel.

Al verlos, pensaba uno en las cabañas y en los parques olvidados en el campo, entre las gentes y las bestias que los habitan.

Uno de ellos era lampiño y moreno; el otro barbudo.

El primero era La Briseur, el ojeador de los Souvray.

El otro el vaquero de los Tremor.

Estaban allí de centinela á fin de advertir á sus amos lo que ocurriera.

Para dar mayor actividad á su servicio, á pocos pasos de allí tenían apostados, en un rincón, dos caballitos, con sus correspondientes bridas.

Los dos hombres parecían más bien mendigos.

—¿Qué piensas de ese casamiento?— preguntó La Briseur á Bidault.

—Auguro mal.

—Es una suerte para Solange, con su pequenuelo y todo...

—¿Puesto que el marqués es el padre!

—Y héla ya marquesa. El niño, cuando sea un hombre, se felicitará de ello. ¡Qué cosas pasan en la vida!

—¿Quién hubiera podido predecir eso hace dos años!

—Nadie.

—He visto á nuestro Román, excelente muchacho, que le convenía más que el marqués, pedirla por esposa una noche que ella cenó en casa; ¡y rehusó! Había gato encerrado. Yo desconfié. ¡Solange hubiera sido muy dichosa en el Priorato!

El viejo Tremor habrá pasado mal rato al casarla; ¡debió ser su nuera!

—¡Un hombre tan bueno! Quiso que para esta ceremonia le reemplazara Brejot, temeroso de disgustar á su hijo; pero Román contestó: Padre no rehuses nada á esa muchacha. ¡Se casa con quien quiere!

—¿Tú encuentras eso natural, Bidault?

—No mucho. Pero... ¡quién sabe! Ya les he visto entrar en la alcaldía. Fargeas está ahí con su mujer. El cura acaba de salir del presbiterio para trasladarse al castillo. Dentro de una hora se habrán cantado ya los *ore-mus*. No se podrá reclamar, puesto que el alcalde y el cura habrán cumplido su misión...

—Los Fargeas hacen un buen negocio.

—Pues no parecen muy contentos.

—Podrá suceder que oculten su juego.

—Me sorprendería. ¡Amigos de la casa, amigos verdaderos! Pondría la mano en el fuego. Si ellos no fueran sinceros ¿de quién fiarse entonces?

La Briseur sacudió la cabeza.

—No está eso claro—gruñó.—Hay ahí algo que no sale á la superficie.

—Lo que fuere sonará.

De haber entrado en la alcaldía, se hubiera

presenciado una ceremonia de las más sencillas y que pudo ser de las más cortas, si el funesto notario no hubiese considerado un gran honor desplegar su celo y acompañar á su cliente hasta el fin, para velar por el estricto cumplimiento de las formalidades legales.

El viejo Tremor, que llevaba una levita muy amplia, que debió usarse treinta años antes, de grueso paño color marrón, emocionado, á pesar suyo, ante aquella mujer que había tenido tantas veces en sus rodillas cuando era pequeña, que durante tanto tiempo había sido la alegría de la casa, la flor del Priorato y su rayo de sol, para llegar á ser luego el luto y la desolación de aquel hogar, el viejo Tremor, repetimos, tenía la voz temblorosa cuando hizo á la futura la pregunta sacramental:

—Solange Fargeas, ¿aceptais por marido al señor marqués de Taunay-Coulanges, aquí presente?

Ella contestó con voz más temblorosa aún que la del viejo:

—Sí, señor.

El marqués dijo lo mismo, pero con acento firme é imperioso.

Estaban, pues, unidos para toda la vida.

No faltaba más que firmar.

Aquí intervino el nefasto Delaroque.

Leyó, releyó, explicó, criticó, discutió, varió las fórmulas y lo varió todo.

Y el tiempo volaba con vertiginosa rapidez; tanto, que el cronómetro del marqués, que cien veces consultó, marcaba las tres

cuando los esposos, perfectamente unidos ante la ley, salieron de la alcaldía para volver á tomar su coche.

El cochero tomó las riendas y llevó á escape los dos vigorosos caballos, que tomaron el camino de la capilla.

Nadie le detuvo.

El cura de Chevagnes era vivo como una ardilla.

En breves instantes les dió la bendición nupcial.

A las cuatro, el acto religioso, en que por suerte no intervino Delaroque, quedó firmado por los esposos y los testigos, y el señor de Taunay, volviéndose hacia la puerta de la capilla, respiró con tranquilidad.

Solange ya era suya. Le pertenecía por completo. Una inmensa satisfacción ensanchaba su pecho. No más temores ni incertidumbres.

Todo había terminado.

Momentos después iban á irse los dos solos, el uno junto al otro, abrazados, en su silla de posta, lejos de aquel paraje triste y lleno de calamidades, para trasladarse á un país tranquilo, feliz, encantador, á orillas de un lago azul: al país de los limoneros y de las flores.

¡No más remordimientos ni sombrías ideas!

Atravesó con altivez la nave de la capilla, que estaba casi desierta, llevando á Solange del brazo, cuando de repente un rumor extraño le llamó la atención.

Se oían pisadas de caballos en la avenida;

era un ruido sordo y regular de pasos que martillaban la tierra, el rechinar de las ruedas y el ruido de las armas.

Ese ruido iba acercándose, mezclado bien pronto con voces que parecían graznidos de cuervos alrededor de un cadáver.

Oliverio se detuvo sobrecogido á algunos pasos del pórtico.

Los Fargeas y los testigos permanecían inmóviles detrás de él.

En aquel momento se presentaron en el marco ojival del pórtico dos jinetes, guiados por un harapiento mendigo, que les señaló al marqués con el dedo.

Era el vaquero, que desempeñaba su oficio. Los jinetes le habían tomado por guía.

XXI

Durante la noche, Simón había presentido cosas extraordinarias.

Los oídos le zumbaban. Tenía fiebre y los nervios muy excitados.

La víspera, por la noche, La Briseur, el ojeador, enviado para que reconociese los alrededores de Luzy, le encontró en casa de un pobre diablo, un leñador, con el cual compartía un plato de habas.

La Briseur le puso al corriente.

No se sabía lo que los alemanes querían hacer, pero en todas direcciones circulaban exploradores, sobre todo hacia Chevagnes.

El pueblo estaba consternado.

Hablábase de un cuerpo de ejército recién

llegado y que formaba del lado de Autun.

Simón guiñó un ojo mirando al leñador.

Aquellos extranjeros que violaban su territorio, dejarían allí los huesos.

A las once, cuando se disponía á dormir en un tejadillo adosado á la choza de su huésped, adornado de arbustos y de un gran montón de hojas secas, llegó la *Bigornia*.

Volvia de Gué-aux-Biches y del pueblo.

—Ya sabes—dijo—que si vienen los otros... hay que dejarlos pasar.

Simón exhaló un gemido.

—¡Santo Dios!—exclamó.—¿Y por qué?

—Maese Chadouin ha deslizado en mi oído ese aviso.

—¿Tienen miedo?

—No. Han ideado un lazo. Los que entren en Chevagnes te aseguro que no saldrán.

El herrero movió la cabeza.

La orden le pareció muy dura. Tenía más confianza en sus balas que en las invenciones de los canteros y labradores del pueblo.

Sin embargo, cuando la *Bigornia* le participó que los Souvray eran del complot, se resignó á pesar suyo.

—Como quieras—dijo á su mujer.—Pero iré. Quiero verlos, seguirlos como un perro por el bosque.

Mucho antes de que amaneciera se levantó.

Por vez primera, la *Bigornia* le oyó murmurar una oración, arrodillado en una esquina del tinglado.

fingiendo que dormía, pudo enterarse del sentido de sus palabras.

El cazador rogaba á Dios que le perdonara la muerte del guarda.

Cuando él se levantó, ella hizo un movimiento como si despertara.

—¿Vienes?—dijo él—Me dá el corazón que el día será rudo.

Anduvieron largo rato á oscuras.

Cuando amaneció habian llegado al límite del bosque.

Simón, buscando las huellas de los prusianos, dijo:

—¡Nada! Por aquí tendrán que venir.

La *Bigornia* se había separado de él veinte minutos antes, para buscar más lejos, del otro lado, la señal de las herraduras de los caballos, cuando él oyó de pronto un grito, prolongado, y dijo:

—¡Es ella!

La *Bigornia* le advertía algun peligro.

Por instinto se ocultó entre la maleza.

Y en esto vió dibujarse dos sombras negras sobre el claro fondo del lado de Levante.

—¡Hélos ahí!—dijo, acariciando la escopeta.

Eran dos hulanos.

Avanzaban con precaución, mirando ansiosamente á todos lados, casi de pié en los estribos, deteniendo los caballos á cada rato para cerciorarse bien, y estudiando, como los Simón, el suelo, para buscar las huellas...

Hasta los caballos parecian inquietos.

Poco á poco se acercaron donde estaba Simón y miraron por aquel lado.

Estaban á treinta pasos de él.

Su corazón latía con violencia; pero no de miedo, sino de placer.

No le distinguieron, y continuaron su marcha.

Uno de ellos, antes, se introdujo dos dedos en la boca y lanzó un estridente silbido.

En seguida una docena de exploradores aparecieron por entre un vallado, detrás del cual habian tenido la prudencia de esconderse, y se reunieron á los otros.

El extridente grito de la lechuza, que no era otro que el de Simona, llegó por tercera vez á oídos del herrero, pero más cercano.

Los hulanos se habian dispersado; iban de dos en dos y ocupaban el bosque en todas direcciones.

Cuando Simona fué al encuentro de su compañero, le halló muy disgustado.

—¡Te he obedecido!—dijo;—pero, ¡quién sabe! Probablemente con el recibimiento que yo les preparaba tambien esta vez, no hubiera vuelto ninguno. ¡Qué ocasión hemos perdido!

—¡Así lo han querido los de allí! ¿Y qué hacer?

—Explorar el camino. Cuanto más pienso que les he tenido á mi alcance, y que corren cuando debiéramos detenerles. ¡Vamos, no sé lo que siento!

Tuvo una idea y exclamó:

—Desde la cuesta de los Sorne se les puede distinguir. Vamos allí.

Y anduvieron tres leguas por el bosque.

A medida que iban subiendo distinguían á los jinetes que iban de dos en dos, caminando al paso, uno detrás de otro, como gendarmes en expedición.

A las diez estaban sentados sobre una elevada roca desde la cual dominaban casi toda la campiña.

Simón sacó del bolsillo un pedazo de pan moreno y lo partió con su mujer. Luego echóse boca abajo en el suelo y se puso á escuchar con el oído casi pegado en tierra.

—Vienen— dijo.

Percebíase un sordo murmullo, muy débil y lejano todavía.

Poco después todo se oía perfectamente, la calzada parecía un inmenso hormiguero; todos aquellos hombres avanzaban con automática cadencia.

El camino era estrecho.

El paso de la tropa duró mucho tiempo.

Los ojos de Simón echaban chispas.

Esta vez era el enemigo en toda su fuerza, la multitud armada, la tropa conquistadora que hollaba el suelo del adversario vencido.

Simón se echó á la espalda la inútil arma.

—¡Ya lo ves!— dijo descorazonado;—tú lo has querido y ahora ya son demasiados.

La moviente y sombría fila, continuaba su marcha sin interrupción, como el agua que desciende por el lecho de un río.

Desaparecía algunos momentos entre los accidentes del terreno, para reaparecer luego, acercándose cada vez más á la roca donde estaban los Simón.

Cuando la tropa pasó por allí cerca. Simón hizo lo de siempre, echarse boca abajo en el suelo, escondido entre abrojos.

Sus ojos parecían de fuego.

En el centro de la columna iba un carruaje de cuatro ruedas, que avanzaba también, escoltado por coraceros.

A uno y otro extremo de la columna iban dragones y hulanos, y en el centro la infantería.

Parecía un batallón de mudos.

El cazador furtivo estaba rabioso.

Los infantes marchaban penosamente, muy cansados.

¡Qué tiroteo! ¡Qué fiesta hubiera sido aquella batalla para Simón! ¡El solo contra todos!

La Simona comprendió lo que estaba pensando.

—No dispaes— dijo.—Tenías razón en lo que decías hace poco... Son muchos.

—¿Muchos? ¡Vamos!— exclamó él desdeñosamente.—Fuí cobarde. ¡El bosque es inmenso!... Se hubiera visto... Y después de todo, ¿qué pretenden los Souvray?

—No lo sé.

—Yo quiero saberlo— dijo con la rabia de león hambriento.—Y mientras no hayan salido de aquí, siempre hay tiempo. ¡Sigámosles!

—¿A Chevagnes?

—Sin duda, puesto que allá van.

—Si llegásemos ántes que ellos!— dijo la *Bigornia* pensando en Solange.

—¡Qué idea! Vamos.

Tomaron por senderos inaccesibles á los caballos, acortaron en línea recta hacia el campanario, y después de dos horas de rápida caminata se detuvieron junto al bosque de Chevagnes, á dos pasos de la fragua.

A quinientos metros de ellos estaba el pueblo.

La *Bigornia* se separó de su marido, diciéndole:

—Sé prudente.

—Nada temas. ¿Y tú?

—Tengo que hacer en el castillo. Se trata de Solange; pero me cuesta trabajo dejarte.

—No tengas miedo.

Ella le abrazó.

—Te amo, Simón, porque eres valiente.

El se encogió de hombros y contestó:

—¡Como los demás!

Se engañaba. Si los demás se hubieran parecido á él, la patria no hubiese perdido nada.

XXII

Los sirvientes no tuvieron tiempo de avisar á su amo.

En un abrir y cerrar de ojos, los recién venidos ocuparon militarmente el parque, la plaza y el castillo.

El cochera y sus caballos fueron enviados á la cuadra; los tres ó cuatro criados de la casa detenidos en el vestíbulo.

Aquellos modestos huéspedes no perdían el tiempo.

Imposible dudar de su nacionalidad.

Las rojas barbas, los largos semblantes, la elevada estatura, todo revelaba quiénes eran.

Frente á la escalinata colocaron dos cañones.

En la avenida maniobraba la infantería.

Desde el pórtico de la capilla, Bidault el vaquero los contaba, riendo burlescamente.

Sobre el césped, destrozando un macizo de rosas, estaba el carruaje que Simón vió en el centro de la columna desde la roca: carruaje ancho, fuerte y confortable, que debió pertenecer á algún burgués rico, y que los alemanes se apropiaron.

Los oficiales rodeaban el vehículo, y cuando se acercaban á él no lo hacían sin quitarse el casco.

Y allí fué, á aquel carruaje, adonde los dos jinetes, al salir de la capilla, condujeron al marqués.

Un hombre de elevada estatura, con la cabeza cubierta por una gorra negra, de forma plana, sin galones, descendió del coche.

Usaba bigote, que era ya gris; la fisonomía no era simpática y sí muy dura.

En cuanto el marqués pudo oírle, gritóle el alemán en mal francés:

—Desolado, querido amigo, pido hospitalidad... La guerra... Tropas de paso... ¿Dónde alojar ese gentío?... Cuatrocientos hombres... cien caballos.

—¡Vos, general!—dijo el marqués.

—Ya lo véis... Estoy bueno... Ninguna herida. ¿Qué hacíais en esa iglesia? ¿Os casábais?